

EL DESARROLLO ADULTO Y EL ENVEJECIMIENTO COMO PSICOLOGÍA EVOLUTIVA

PSICOLOGÍA EVOLUTIVA Y PSICOLOGÍA DEL ENVEJECIMIENTO:
HISTORIA DE UNA SEPARACIÓN

LA OPOSICIÓN ENTRE DESARROLLO Y ENVEJECIMIENTO

LA APARICIÓN Y EL IMPACTO DE LOS ENFOQUES DEL CICLO VITAL

FORMAS DE ESTUDIO EVOLUTIVO DEL DESARROLLO ADULTO Y EL ENVEJECIMIENTO

Modelos de trasposición

Modelos de integración

LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA ANTE EL RETO DEL ENVEJECIMIENTO

Hasta el momento hemos repasado las corrientes y perspectivas teóricas más relevantes para el estudio del desarrollo. Sin embargo, al hablar de desarrollo, la mayoría de estas corrientes están hablando, implícitamente, de desarrollo en la infancia y adolescencia, y es en esta etapa de la vida a la que dirigen sus esfuerzos de investigación.

Nos podemos preguntar si, como ya comentábamos en el capítulo 2, la Psicología Evolutiva se ha de restringir al estudio del cambio sólo en ciertas fases del ciclo vital. En este sentido, en este capítulo y en los dos siguientes expondremos diversos intentos de construir teorías evolutivas que abarquen todo el ciclo vital humano y cómo estas teorías están generando interesantes áreas de investigación. Nos centraremos especialmente, más que en el desarrollo adulto, en el envejecimiento, ya que es este proceso, como veremos, el que resulta especialmente problemático desde teorías tradicionales del desarrollo.

En este sentido, es un hecho que el estudio científico del desarrollo más allá de la adolescencia y, en especial aquel que se interesa por el proceso de envejecimiento, ha experimentado en los últimos años un crecimiento exponencial, sólo comparable al aumento de la conciencia de la importancia de este proceso y sus implicaciones diversas en un mundo como el nuestro, en el que la proporción de personas mayores aumenta de manera continua.

Si observamos las aportaciones con las que la Psicología ha contribuido (y continúa haciéndolo) a la comprensión de la adultez y, sobre todo, del envejecimiento, probablemente comprobaríamos como la Psicología Evolutiva no haya sido la disciplina psicológica desde la que se haya iniciado y alrededor de la que haya girado ese estudio. Dejando de lado el estudio del adulto en abstracto (se podría argumentar gran parte de las disciplinas psicológicas no evolutivas son, precisamente, una 'psicología del adulto') esta situación es sorprendente, ya que es precisamente la disciplina evolutiva la más interesada por el estudio del cambio que sucede en una dimensión temporal (con independencia de la naturaleza que se atribuya a esos cambios evolutivos), y por lo tanto se podría esperar que dirigiese el estudio del envejecimiento, precisamente un proceso de cambio que acontece en (o a partir de) cierto periodo vital y que presenta una cierta normatividad, garantizada a partir de algunos procesos biológicos y socioculturales que estructuran el cambio en la segunda mitad de la vida.

Pese a ello, y a diferencia lo que sucede con procesos similares que acontecen en otras fases del ciclo vital (como, típicamente, el desarrollo en la infancia y adolescencia) el tratamiento evolutivo del envejecimiento no ha sido el históricamente primero en abordar los cambios psicológicos en las últimas décadas de la vida y, aún hoy, comparte su estudio con otras perspectivas de gran tradición en este ámbito, como son las de corte psicobiológico, las psicopatológicas o las relacionadas con la evaluación psicológica.

Evidentemente, no es nuestra intención menospreciar las aportaciones de estas aproximaciones, que continúan aún en la actualidad generando importantes conocimientos tanto desde un punto de vista teórico-conceptual, metodológico o aplicado. Sin embargo, por su propia naturaleza, aportan una visión que tiende a las descripciones y explicaciones estáticas, referidas más a una psicología de la vejez como estado o a una psicología de las personas mayores (o de algunos subgrupos dentro de este colectivo amplio), más que a una psicología del

envejecimiento como proceso que se extendería al menos a lo largo de la segunda mitad del ciclo vital y cuyo tratamiento pertenece a ámbito de la Psicología Evolutiva.

En este capítulo intentaremos aportar datos que justifican que hablemos de un cierto 'olvido' (al menos desde un punto de vista histórico) del envejecimiento desde la Psicología Evolutiva. Argumentaremos qué razones pueden explicar este hecho y comentaremos la forma en la que el envejecimiento se ha abordado desde la Psicología Evolutiva, destacando las implicaciones de las dos aproximaciones que presentaremos.

Es también nuestra intención que este capítulo sea una presentación de los dos capítulos siguientes: uno dedicado a lo que llamaremos 'modelos de trasposición' (y que incluye aquellos de naturaleza mecanicista y organicista), otro dedicado a lo que aquí llamaremos 'modelos de integración' (y que incluye a los modelos sociocontextuales). Mientras en este capítulo presentaremos todos estos modelos en términos generales y estableceremos sus similitudes u diferencias dentro del marco más amplio de la Psicología Evolutiva, en los siguientes capítulos profundizaremos en cada uno de ellos, concretando en ciertos casos incluso algunos de sus hallazgos empíricos más significativos.

Psicología Evolutiva y psicología del envejecimiento: historia de una separación

En primer capítulo del presente trabajo hemos comentado que las raíces históricas de la Psicología Evolutiva como disciplina científica las encontramos en el último tercio del siglo XIX. Es precisamente también en ese momento donde debemos buscar el origen de la separación entre la psicología evolutiva que trata fundamentalmente la infancia y la psicología del envejecimiento (o, quizá para ser más preciso, la psicología que trata el cambio más allá de la adolescencia).

Ya en esos momentos, los fundadores de la disciplina (Preyer, Baldwin, Binet, Hall, etc.) se ocupan casi exclusivamente de construir una psicología del niño y del desarrollo en tanto evolución en la infancia. Así, mientras la Psicología Evolutiva (entendida como psicología de la infancia) nace a finales del siglo XIX, los primeros estudios psicológicos del desarrollo más allá de la infancia y adolescencia tardarán (salvo excepciones que comentaremos) al menos 40 años más en surgir, y hasta el final de la segunda guerra mundial no podemos hablar de una psicología del envejecimiento (Birren y Schroots, 2001; p. 20), una psicología que sólo a partir de esos momentos se configura con líneas de investigación sólidas y continuas en el tiempo y se institucionaliza a partir de la creación de cátedras y departamentos universitarios, asociaciones científicas y revistas especializadas.

Así, mientras la primera revista dedicada al estudio de la Psicología del niño data de 1891 (*Journal of Genetic Psychology*), la primera dedicada prioritariamente a estudios de Psicología del envejecimiento y vejez (*Journal of Gerontology*) no

sale a la luz hasta el año 1945. De igual manera, en la A.P.A. (*American Psychological Association*) sólo existe una división específicamente destinada al estudio de los cambios más allá de la adolescencia (división 20, denominada inicialmente *Maturity and Old Age*) desde el año 1945. Por su parte, Thomee (1979; p. 283) también destaca como los manuales que se autodenominan de 'Psicología Evolutiva' (*Developmental Psychology*) terminan su exposición en la adolescencia, ignorando los cambios que se producen más allá de esta etapa. Una clara muestra de esta segregación de la psicología Evolutiva la podemos tener si analizamos los artículos publicados en la revista que recoge las revisiones y avances más significativos dentro de los diferentes campos de la psicología, artículos escritos por especialistas reconocidos en cada materia: el *Annual Review of Psychology*. Así, vemos como el primer artículo dedicado exclusivamente a temas gerontológicos aparece en el año 1951 (Shock, 1951). Pero lo que queremos remarcar es que, en los años siguientes, los artículos referidos a cambios evolutivos hasta la adolescencia aparecen, aunque coexistan en el mismo número, claramente diferenciados de aquellos que tratan los cambios más allá de la adolescencia. Y, lo que es más relevante, mientras a los primeros se les suele titular con el nombre genérico de '*Developmental Psychology*' (por ejemplo, Bell, 1965; Elkind y Sameroff, 1970), a los segundos se les escatima el adjetivo *Developmental*, para pasar a titularse '*Gerontology (later maturity,*' (Lorge, 1951), '*Psychological aspects of ageing in man*' (Chown y Heron, 1965), '*Geropsychology*' (Botwinick, 1979) o la terminología que finalmente parece que se ha impuesto, '*Adult development and aging*' (Schaie y Gribbin, 1975; Birren, Cunningham y Yamamoto, 1983; Datan, Rodeheaver y Hughes, 1987).

Sin embargo, a pesar de este gran retraso en la institucionalización de la psicología del desarrollo adulto y el envejecimiento, antes de los años 50 hubo ya algunos investigadores que se interesaron por el desarrollo más allá de la adolescencia. Al menos podemos citar a dos:

- Por una parte, en Estados Unidos tenemos a Stanley Hall, quién, como comentamos en el capítulo 2, dedicó una de sus obras (publicada en 1922) al estudio de la vejez. Sin embargo, a pesar de este papel pionero (que, como vimos, desempeñó también en muchos otros aspectos), esta obra no tuvo continuidad. Contribuyó a ello, además de la dudosa calidad científica de la obra, el hecho de que Hall no tuviera un grupo de discípulos que siguiese sus pasos. Los jóvenes investigadores norteamericanos de la época seguirían otras corrientes más en boga por aquellos tiempos, que eran los tiempos de la aparición del conductismo.
- Por otra, en Europa sí podemos hablar de una verdadera 'psicología del ciclo vital'. La tradición germana la Psicología Evolutiva se institucionalizó en manuales y asociaciones científicas como un campo que tenía en cuenta el desarrollo a lo largo de toda la vida, no exclusivamente en la infancia. Este enfoque lo vemos en la obra de los pioneros alemanes, con Charlotte Bühler a la cabeza. Sin embargo, la aparición del nazismo, con la desbandada de científicos de primer nivel que provocó, y la posterior Segunda Guerra Mundial cortaron de cuajo este incipiente movimiento, al menos durante dos o tres décadas.

La razón fundamental tanto de la tardanza en la aparición de un interés por la adultez y el envejecimiento desde un punto de vista evolutivo como de la posterior separación, cuando este interés surge, entre la psicología de la infancia y la psicología del desarrollo adulto y la vejez hay que buscarla, en nuestra opinión, en el tipo de psicología que se hacía en esos años previos a la Segunda Guerra Mundial y en la noción de desarrollo que subyace a ese tipo de psicología. Profundicemos un poco más en este aspecto, que para nosotros es clave.

La oposición entre desarrollo y envejecimiento

Una de las razones fundamentales que explica tanto la tardanza en la aparición de una psicología del desarrollo adulto y la vejez como su separación de la psicología infantil radica en la presencia, de un concepto de desarrollo que favorece la oposición entre desarrollo y envejecimiento.

Las raíces de este concepto de desarrollo hemos de buscarlas en la psicología que se hacía antes de la Segunda Guerra Mundial.

En este sentido, los años 20 y 30 representan, dentro de la psicología estadounidense, la edad de oro del conductismo, un marco teórico que por una parte ignora el estudio de estados u procesos mentales, y por otra reduce el desarrollo a una historia de refuerzos y condicionamientos. Desde este punto de vista, el desarrollo adulto y el envejecimiento no tiene sentido en si mismo, sólo en función de ser el resultado de una historia de condicionamientos producidos en la infancia (Birren y Schroots, 2001; p. 18). Más allá del conductismo, y en Psicología Evolutiva, encontramos también estudios psicométricos, que reflejan la influencia del pensamiento de Darwin y sus ideas de adaptación y la influencia del componente genético en el desarrollo (aspectos que, por otra parte, influyen también en las ideas de pioneros como Gesell o Baldwin).

En la Europa de los años 20 y 30, y dentro de la Psicología Evolutiva, destaca la obra de Piaget, que como vimos en el capítulo 5 es un autor básicamente interesado por los orígenes de la inteligencia y sus cambios hasta llegar a mostrar su forma adulta. Sin embargo, no concibe que haya cambios importantes una vez logrado este estado en la adolescencia.

En conjunto, podemos argumentar que la noción de desarrollo sostenida en esos momentos de nacimiento y consolidación de la Psicología Evolutiva como disciplina científica, supone, en líneas generales, una trasposición del modelo biológico de crecimiento a las estructuras y funciones psicológicas del individuo. Es decir, al igual que se produce un aumento evidente en las potencialidades biológicas de la persona durante las primeras décadas de la vida, sus estructuras y funciones psicológicas también experimentan este crecimiento, y es precisamente eso lo que tiene que describir y explicar la Psicología Evolutiva. En este sentido, la noción dominante de desarrollo y de cambio evolutivo (ya sea desde modelos organicistas, como el de Gesell o Piaget o desde modelos mecanicistas, como el conductismo) presenta las siguientes características:

- Son cambios de carácter unilateralmente positivo, es decir, sólo se entiende por desarrollo aquellos cambios que suponen una ganancia para el organismo en el sentido de incrementar su capacidad de adaptarse al medio, y, por ello, de incrementar la capacidad de supervivencia del individuo.
- Son cambios en las estructuras y funciones del individuo que se dan altamente correlacionados con la edad y paralelamente a los cambios biológicos que experimenta ese individuo que se conceptualizan como maduración o crecimiento físico.
- El desarrollo se contempla como un proceso de carácter universal, común a todos los individuos y relativamente intercambiable entre ellos. Si bien existen diferencias individuales, éstas tienen relativamente poca importancia en comparación con el proceso general común.
- El desarrollo es un proceso unidimensional, es decir, además de ignorar hasta cierto punto las diferencias en el patrón de desarrollo entre los diferentes individuos, tampoco se creen importantes las diferencias del patrón de desarrollo que se dan entre las diferentes estructuras y funciones psicológicas del individuo: el desarrollo supone el progreso de todas ellas.
- El desarrollo es un proceso de carácter ordenado y, más concretamente, secuencialmente ordenado (Lavouvie-Vief, 1982; p. 66). El desarrollo se entiende como una serie de cambios asociados a la edad que todos los sujetos recorren y en la que cada uno de los pasos supone un requisito para poder dar el siguiente que, en todo caso, supondrá una optimización en comparación con los anteriores. En esta progresión cada adquisición está relacionada con y posibilitada por la presencia previa de otras adquisiciones anteriores.
- Si el desarrollo es una progresión, es una progresión hacia algo, es decir, existe una meta específica hacia la que la persona avanza en su proceso de desarrollo (Uttal y Perlmutter, 1989; p. 103). El desarrollo puede de esta manera contemplarse como un despliegue de las potencialidades de la persona que culmina en un momento de progresión máxima, típicamente al final de la adolescencia o en la adultez, momento en el que la persona presenta unos parámetros de funcionamiento óptimos. Por otra parte, esta meta a alcanzar, muchas veces prefijada de antemano, es el punto de comparación que permite conocer si el sentido de determinado cambio evolutivo es o no 'desarrollo': sólo lo será si permite acercarse a la meta.

Como comenta Flavell (1970; p. 248-249), un modelo de desarrollo que incluya las nociones de universalidad, progresión secuencial de cambios hacia una mayor complejidad o meta final, se ajusta de manera óptima a los cambios que tienen lugar en la infancia, pero es muy difícil de aplicar a aquellos cambios que se dan más allá de la adolescencia. Desde este modelo, el desarrollo se entiende que es propio de unas ciertas fases del ciclo vital y no de otras. La consecuencia es la restricción del desarrollo psicológico del individuo a aquellas etapas en las que se da maduración o crecimiento físico, es decir, a la infancia y adolescencia, y el relativo olvido del estudio de las fases vitales posteriores desde la Psicología Evolutiva.

Esta circunstancia no sólo provocó el relativo poco interés del envejecimiento desde una perspectiva evolutiva, sino que contribuyó a que, a medida que los estudios sobre envejecimiento y vejez fueron menudeando, se configurase una especie de 'compartimentación' de la Psicología Evolutiva en función de las diferentes etapas en las que se puede dividir el ciclo vital. Así, en lugar de una Psicología Evolutiva que comprendiese el estudio de los cambios que experimenta el ser humano desde el nacimiento hasta la muerte, al menos hasta los años 70 existía una 'psicología de la Infancia' y una 'psicología de la Vejez', que en el mejor de los casos se convertía en una 'psicología del Envejecimiento' si incluía algunos de los cambios que comienzan en la adultez y se prolongan hasta las últimas etapas de la vida (Reinert, 1979, p. 206).

Por otra parte, esta concepción maduracionista del desarrollo que hemos venido comentando provoca que cuando se estudia el envejecimiento desde la psicología se haga, al menos hasta los años 70, desde un punto de vista también maduracionista asimilándolo a deterioro y declive. En concreto, esta preeminencia de los factores biológico-involutivos en el concepto de envejecimiento psicológico se ve favorecida por al menos dos caminos.

En primer lugar, la tardanza con que se aborda el envejecimiento desde la psicología hace que, en un primer momento, el envejecimiento se estudie principalmente desde un punto de vista biológico. Debido a que, desde un punto de vista biológico, el envejecimiento se equipara a pérdida y deterioro, estos conceptos tiñen también el estudio del envejecimiento de las estructuras y funciones psicológicas. Así, por ejemplo Lerh (1980), señala como en el VII Congreso Internacional sobre envejecimiento, celebrado en Viena en 1966, de las 568 intervenciones breves y comunicaciones presentadas, 397 correspondían a aspectos médicos y biológicos, y tan sólo 68 a aspectos psicológicos y 63 a ciencias sociales. Por otra parte, esta tendencia a 'completar' con información de tipo médico y biológico las carencias en investigación psicológica se muestra nítidamente en las primeras revisiones realizadas sobre envejecimiento y vejez desde la Psicología (por ejemplo, Birren, 1964). Aunque el aumento posterior de la investigación del envejecimiento desde la Psicología hace que este tipo de información biológica disminuya en ulteriores revisiones, creemos que probablemente influyera en que, también desde las ciencias del comportamiento, se asentase una visión del envejecimiento asociado a deterioro y declive.

En segundo lugar, el propio carácter del concepto tradicional de desarrollo, paralelo al crecimiento físico-biológico, sin duda es un factor que favorece la tendencia a conservar el paralelismo al estudiar las últimas etapas de la vida, siendo esta vez implicados los conceptos de envejecimiento y de deterioro físico-biológico. Así, mientras el desarrollo implica 'maduración', el envejecimiento, siguiendo la misma lógica, debería implicar 'involución'.

El resultado de esta importación del concepto biológico de envejecimiento (y, en general, de la visión biológica del ciclo vital) al estudio psicológico es una división del ciclo vital humano en tres fases:

- Una primera fase, desde el nacimiento hasta el final de la adolescencia, caracterizada por la aparición, mejora y progresión general en todas las funciones y estructuras psicológicas del individuo. Estos cambios positivos se etiquetarían como 'desarrollo'.

- Una última fase, que comprendería las décadas finales de la vida, con un punto final claro (la muerte), pero sin un punto de inicio demasiado concreto, en la que experimentaríamos un declive de todas esas estructuras y funciones que habían aparecido y progresado en las primeras fases, declive que se acentuaría con el paso de los años. Estos cambios negativos se etiquetarían como 'envejecimiento'.
- Una fase intermedia, mal definida, con límites relativamente difusos, en la que esas estructuras y funciones se mantendrían en un nivel óptimo y más o menos estables, sin cambios demasiado significativos.

Como podemos observar, el modelo evolutivo resultante podría ser representado por una curva en forma de U invertida (Lavouvie-Vief, 1982; 66-67; Guilleron 1980b; p. 66).

De aquí se deriva que el envejecimiento presente las mismas cualidades que antes habíamos mencionado para la noción tradicional de desarrollo, sólo que en sentido contrario. En concreto, el envejecimiento se concibe como un conjunto de cambios evolutivos con las siguientes características:

- Son unilateralmente negativos. Suponen una pérdida que daña la capacidad del individuo para adaptarse al medio y, por ello, incrementan la posibilidad de muerte.
- Únicamente aparecen en las últimas etapas de la vida, paralelamente al deterioro biológico.
- Es un proceso de carácter universal que sufren todos los individuos de manera similar.
- Es un proceso unidimensional: todas las funciones y estructuras psicológicas de la persona envejecen (declinan).
- El envejecimiento sigue una secuencia prefijada de deterioro y pérdida cada vez más acentuada.
- El envejecimiento supone alejarse de los parámetros de funcionamiento óptimo del individuo. Todo cambio que aleje de esos parámetros y se dé en las últimas etapas de la vida es susceptible de ser englobado en el concepto de envejecimiento.

Frente a esta visión que hacía equivaler el envejecimiento a declive se alzó en los años 70 la voz de los psicólogos del lifespan, que, como veremos, abogan por una reconceptualización del concepto de desarrollo para dar cabida a todas las etapas vitales.

Sin embargo, no hemos de olvidar de que esta perspectiva no sólo se mantiene en la actualidad, sino que ha proporcionado importantes frutos en la comprensión del proceso de envejecimiento, especialmente por lo que se refiere al envejecimiento cognitivo, el dominio que mejor se adapta a esta visión deficitaria.

Por otra parte, considerar el envejecimiento psicológico como un proceso de declive paralelo al envejecimiento biológico (y, quizá en el fondo, provocado por él) ha configurado la psicología del envejecimiento como una psicología que ya desde su mismo nacimiento ha tenido por una parte una vocación multidisciplinar, teniendo muy en cuenta los procesos biológicos que subyacen al

envejecimiento, y por otra una vocación de ciencia aplicada, que ha prestado especial interés a los problemas que rodean el envejecimiento. Sin duda estas características son parte de las razones que han impulsado la importancia que tienen en este ámbito de estudio las perspectivas psicobiológicas, psicopatológicas y de evaluación, pero sin duda han marcado también la perspectiva evolutiva del estudio del envejecimiento psicológico.

Paradójicamente, estas dos características forman parte de las tendencias de futuro que autores como Goodnow (1997), Damon (1998) o Björklund (2000) perfilan para la Psicología Evolutiva. (y que hemos visto en el capítulo 2) Así, al menos en este sentido, la perspectiva evolutiva del desarrollo adulto y, sobre todo, del envejecimiento, ha sido, quizá de manera no intencional, una especie de avanzadilla o vanguardia que dispone ya desde su mismo origen de unas características que son cada vez más importantes para la Psicología Evolutiva.

La aparición y el impacto de los enfoques del ciclo vital

En los últimos años de la década de los 70 una serie de autores estadounidenses (Schaie, Nesselroade) y europeos (Baltes, Thomae) manifestaron desde el ámbito de la Psicología Evolutiva su insatisfacción con los presupuestos del modelo de desarrollo imperante, proponiendo una nueva perspectiva que tuviera en cuenta la evolución de la persona a lo largo de todo el ciclo vital.

En el nacimiento de esta nueva perspectiva, pronto bautizada como enfoque del ciclo vital (*life-span approach*) sin duda tuvo mucho que ver el renovado interés con el que durante aquellos años muchos psicólogos evolutivos contemplaron la vejez y el envejecimiento. En concreto, Baltes (1987; p. 612; Baltes, Lindenberger y Staudinger, p. 1034) cita tres hechos en relación con el aumento de dicho interés:

- Cambios demográficos que comportan una mayor importancia numérica relativa del estrato de edades que habitualmente se considera como 'vejez' y, en consecuencia, aumento del interés por la problemática de este colectivo de población.
- La aparición de numerosos autores que se especializan en el estudio de la vejez y el envejecimiento y que obtienen datos significativos (por ejemplo, Birren, 1964, Neugarten, 1968, Havighurst, 1972) y el crecimiento de las instituciones relacionadas con la gerontología. Aunque estos primeros autores e instituciones no se sitúan precisamente desde una perspectiva evolutiva, son un acicate para que aumente el interés por los vínculos entre el estudio de la gerontología y las teorías desarrolladas en otros ámbitos evolutivos.
- El envejecimiento de los sujetos (e incluso de los propios investigadores) de algunos estudios longitudinales que comenzaron en los años 20 o 30, cuando los sujetos eran niños, y que continuaron tras la Segunda Guerra Mundial, cuando esos niños eran ya adultos.

- La existencia de preocupaciones paralelas desde las ciencias sociales. Por ejemplo, desde la sociología existe una corriente, la *life-course*, que también aboga también por un tratamiento integrado del ciclo vital (ver, por ejemplo, Featherman, 1983; Kohli y Meyer, 1986).

El objetivo fundamental que se plantea desde estas perspectivas es reintegrar dentro del campo de estudio de la Psicología Evolutiva todas las etapas del ciclo vital, reclamando la vida entera como unidad de análisis evolutivo sin enfatizar determinadas edades por encima de otras y con un mismo esquema explicativo común a todas ellas (Filipp y Olbrich, 1986). Según quizá su máximo portavoz, el enfoque *life-span* 'implica el estudio de la constancia y el cambio en el comportamiento a través de toda la vida (ontogénesis), desde la concepción hasta la muerte. La meta es obtener conocimientos acerca de los principios generales del desarrollo vital y acerca el grado y condiciones de la modificabilidad y plasticidad individual del desarrollo' (Baltes, 1987; p. 611, la traducción es nuestra).

La primera tarea con la que se tienen que enfrentar este grupo de investigadores es rebatir los supuestos relativos al desarrollo que habían dominado la Psicología Evolutiva desde su nacimiento como disciplina científica. Por ello, encontramos junto a las investigaciones de tipo empírico numerosos escritos de carácter teórico que pretenden consolidar las bases de una nueva forma de contemplar el ciclo vital humano en general y el envejecimiento en particular.

Curiosamente, a pesar del dominio que la psicología estadounidense ejerce en nuestro campo de estudio, es esta una empresa más europea que anglosajona y, en concreto, en la que tiene especial tradición Alemania. Así, ya hemos comentado el trabajo de Charlotte Bühler en Viena y como fue abortado por el nazismo. Esta tradición resurgiría un par de décadas más tarde a partir de investigadores como Úrsula Lehr o Hans Thoma, hasta llegar al máximo exponente de sin duda de estas corrientes del ciclo vital, Paul Baltes y su equipo del Max Plack berlinés.

Como comenta el propio Baltes (Baltes, Lindenberger y Staudinger, 1998; p. 1033) es así quizá por las corrientes que impulsaron el nacimiento y fundamentos de la Psicología Evolutiva en Alemania, donde tuvo una especial importancia el componente filosófico además del biológico. Así, la Psicología Evolutiva alemana nació influida por las humanidades y la filosofía, especialmente por el pensamiento idealista, que entendía el desarrollo humano como vinculado estrechamente a la educación y la socialización, y que otorgaba un papel fundamental al medio cultural en la que los individuos se desarrollan. En contraste, el *zeitgeist* en Estados Unidos era diferente: la Psicología Evolutiva nació en el cambio de siglo muy influenciada, por los cambios de la genética y el evolucionismo biológico darwiniano, y son estos cambios los que protagonizan el pensamiento ontogenético y provocan, como hemos argumentado, una noción de desarrollo que acaba en la adolescencia.

Las propuestas del lifespan han tenido un eco importante en la Psicología Evolutiva y hoy en día, por ejemplo, todos los manuales evolutivos las recogen como un marco teórico relevante y hablan de la Psicología Evolutiva como una disciplina científica que tiene por objeto el estudio del cambio a lo largo de todo el ciclo vital.

Sin embargo, más allá de este acto de 'tomar nota' podemos preguntarnos si el impacto de la psicología lifespan (y de otras corrientes que proponen una psicología evolutiva del ciclo vital) ha sido tan importante como para deshacer esa separación entre la psicología evolutiva de la infancia y adolescencia y la psicología evolutiva del desarrollo adulto y del envejecimiento. En este sentido, creemos que todavía hay signos de que esa integración de todas las etapas del ciclo vital dentro de la Psicología Evolutiva, aunque puede ser admitida de forma conceptual, de facto todavía no se ha producido totalmente. Estos signos provienen de instancias muy diferentes.

Así, por ejemplo, en el centenario del nacimiento de la Psicología Evolutiva en Estados Unidos (celebrado en 1992), la revista *Developmental Psychology* dedicó en su número de ese año una serie de artículos dedicados a los precursores y principales figuras de la disciplina durante ese primer siglo de vida. Repasando esos artículos, se descubre que se dedicaron exclusivamente al desarrollo del niño y del adolescente. No aparece por ningún lado el desarrollo más allá de la adolescencia. De manera similar, la propia APA (institución que edita *Developmental Psychology*) publicó un libro en el que se repasaban los principales avances de la psicología evolutiva durante ese siglo de vida. En este libro al envejecimiento y sus teorías apenas se les dedica un párrafo, en el que se menciona la perspectiva lifespan (Parke, Ornstein, Rieser y Zahn-Waxler, 1994).

Todavía hoy, por otra parte, siguen existiendo dos divisiones relativamente independientes en la APA, la 7 y la 20 y, aunque la división 7 se denomina genéricamente 'developmental psychology', si atendemos al perfil de sus miembros (y de su equipo directivo a lo largo de todos estos años) y las actividades que patrocinan, su foco de interés se centra en los niños y adolescentes. Esta separación se evidencia también a partir de la existencia, a partir de 1986, de dos revistas diferentes publicadas por la misma APA: *Developmental Psychology* (fundada en 1969 como una publicación de todo el ciclo vital, pero que de hecho publica casi exclusivamente artículos sobre psicología de la infancia) y *Psychology and Aging*, que recoge sólo artículos de envejecimiento.

Fuera del ámbito de la APA, todavía hoy existen pocas revistas que sean verdaderamente de todo el ciclo vital. O bien son de la infancia y adolescencia., o bien son sólo de adolescencia, o ya entramos en las revistas de envejecimiento. De manera similar, también existen asociaciones específicas: la SRCD (*Society for the Research on Child Development*), que publica *Child Development*, y la GSA (*Gerontological Society of America*) que publica *Journal of Gerontology*, dividido en dos entregas, una dedicada a las ciencias médicas y biológicas, otra a las ciencias comportamentales y sociales. Esta misma institución publica *The Gerontologist*, una revista centrada en la práctica profesional de la gerontología que recoge numerosas aportaciones de la psicología aplicada. Quizá la única excepción institucional es la ISSBD (*International Society for the Study of Behavioral Development*), creada en 1969 y que agrupa a todos, con independencia de la etapa.

La separación se evidencia además en los congresos y reuniones científicas. Mientras los congresos de Psicología Evolutiva se convierten de hecho en

congresos de psicología del niño, los interesados en el envejecimiento suelen acudir no a esos congresos de evolutiva, sino a los de gerontología, junto con médicos, biólogos, demógrafos, etc. y junto con otros psicólogos interesados en el envejecimiento desde perspectivas no evolutivas (situación esta que, dicho sea de paso, sirve para apuntalar la importancia de la multidisciplinariedad en la psicología del envejecimiento, como antes hemos comentado).

Por último, incluso en los compendios que pretenden ser referentes del estado del conocimiento en la disciplina se percibe esta distinción. Así, los volúmenes que pretenden este estatus de referente en Psicología Evolutiva llevan por título *Handbook of Child Psychology* (Damon, 1998), que como vemos ni siquiera aparece la palabra *Developmental*, estando representadas explícitamente las perspectivas del ciclo vital en tres de los 19 capítulos del primer volumen, dedicado a aspectos teóricos y conceptuales. En el caso del resto de volúmenes, la presencia es aún menor (por ejemplo, sólo uno de los 18 capítulos del segundo volumen, volumen centrado en la cognición, percepción y lenguaje, está dedicado a los cambios en estos dominios más allá de la adolescencia). Así, los conocimientos sobre psicología del envejeciendo se compendian y revisan en una serie de volúmenes independiente, denominada *Handbook of the Psychology of Aging* (Birren y Schaie, 2001), en los que no se menciona la infancia. Esta separación se traslada también a los libros de texto, entre los que encontramos volúmenes dedicados al desarrollo en la infancia y volúmenes independientes dedicados a la adultez y vejez, en la mayoría de ocasiones sin un vínculo explícito entre ambas partes del ciclo vital. Cuando en un solo volumen se quiere resumir todo el desarrollo, la parte dedicada a la adultez a vejez es mucho menor, cuando no aparece como una parte 'añadida' (Goodnow, 1997; p. 92).

Esta falta de integración no podemos atribuirla únicamente a aquellos psicólogos anclados en una idea de desarrollo como progreso, también en cierta medida las propias propuestas del ciclo vital tienen su parte de responsabilidad. En ocasiones, en su énfasis por integrar las partes olvidadas de la trayectoria humana, se dedica en exclusiva a ellas, provocando lo que Kuhn comenta que oyó decir en una conferencia, 'el problema con esta gente del ciclo vital es que, simplemente, no les interesan los niños' (Kuhn, 1982; p. 79).

De esta manera, aún hoy, la Psicología Evolutiva en tanto disciplina que abarca todo el ciclo vital aparece como una empresa no sólo fragmentada teóricamente, aspecto este común al resto de disciplinas psicológicas, sino también en función de dos grandes áreas vitales: la que podríamos denominar Psicología del Desarrollo (tomando desarrollo en el sentido tradicional que hemos comentado aquí), una psicología del progreso hasta la adolescencia, y una Psicología del Envejecimiento (o del Desarrollo Adulto y el Envejecimiento) en la que el dominio de lo evolutivo está más ensombrecido por otras aproximaciones psicológicas no prioritariamente evolutivas.

Formas de estudio evolutivo del desarrollo adulto y el envejecimiento

Las diferencias e intentos de integración que hemos comentado en los anteriores apartados han configurado a nuestro juicio una separación entre dos formas principales de aproximación evolutiva al estudio del envejecimiento psicológico:

- La primera, a partir de aplicar al envejecimiento teorías evolutivas que han demostrado su valor en la comprensión de ciertos aspectos del desarrollo en la infancia. Se trataría de **trasponer teorías explicativas de una etapa a otra**.
- La segunda, construyendo nuevos enfoques explicativos del desarrollo que puedan describir y explicar cambios vinculados al envejecimiento, pero también cambio evolutivo en otros puntos del ciclo vital. Se trataría de **crear nuevas teorías integradoras**.

Nos dedicaremos en esta sección a comentar brevemente las implicaciones teóricas y epistemológicas de cada una de estas estrategias para abordar el envejecimiento desde una óptica evolutiva, además de sus logros y límites, ejemplificándolos en algunas de las líneas teóricas que han seguido cada uno de los caminos.

Modelos de trasposición

Como acabamos de comentar, este tipo de modelos lo que intenta es utilizar para la comprensión del envejecimiento marcos teóricos evolutivos que proceden de la descripción y explicación de procesos situados en etapas vitales anteriores, típicamente en la infancia.

Estos modelos de trasposición en general lo que hacen es concebir el envejecimiento como un proceso contrario al proceso de desarrollo. Así, aplican los procesos que explican la mejora que sucede en la infancia para dar cuenta del proceso contrario, de declive, que se supone que caracteriza al envejecimiento. La imagen que proporcionan de las últimas décadas de la vida no es, por lo tanto, demasiado optimista.

Por otra parte, estos modelos de trasposición suelen partir de presupuestos epistemológicos netamente individualistas. Para ellos, el envejecimiento (y el desarrollo) es un proceso evolutivo fundamentalmente individual, que puede ser explicado prácticamente sin referencia al entorno cultural y social en el que la persona envejece. Este entorno, en todo caso, aparece como una fuente de estímulos o de información que puede matizar ciertos procesos de declive, pero no los modifica fundamentalmente. Así, modelos de trasposición, encontramos los que, siguiendo la terminología clásica de Pepper (1942) más tarde recogida por autores como Reese y Overton (1970), se encuadrarían en paradigmas evolutivos mecanicistas u organicistas.

Como veremos, el dominio en el que este tipo de modelos parece funcionar de manera más adecuada y en el que se han recogido aportaciones más valiosas es el del envejecimiento cognitivo, un proceso que desde cierto punto de vista parece ajustarse relativamente bien a una idea de declive tras la adolescencia que se acentúa a medida que pasan los años.

Metodológicamente, la mayoría de estudios de este tipo son de tipo transversal, comparando típicamente muestras de jóvenes y de mayores en tareas similares para observar las diferencias. Los estudios se ajustan, en gran su mayoría, a modelos cuantitativos, ya sea utilizando una metodología selectiva (por ejemplo, el modelo psicométrico) o una metodología experimental (el modelo de procesamiento de la información o el psicobiológico).

Quizá el modelo psicométrico sea el primero que intenta esta trasposición desde unas etapas a otras del ciclo vital. Este modelo tuvo su auge dentro de la investigación evolutiva en las décadas de los 20 y 30 en Estados Unidos a raíz de la importación y adaptación del instrumento creado por Binet y Simon a principios de siglo. En esos años se ponen en marcha importantes estudios longitudinales utilizando tests psicométricos que pretenden caracterizar la evolución de la inteligencia a lo largo de la infancia y adolescencia. Los resultados obtenidos muestran de manera unilateral como la inteligencia crece a medida que pasan los años.

Desde este punto de vista, parece lógico que el modelo, una vez incluso los propios niños que comenzaron los estudios longitudinales comenzaron a hacerse mayores y sobrepasaron la adolescencia, se extendiese a otras fases del ciclo vital. De hecho, como comentábamos anteriormente, este es uno de los factores que favorecen el comienzo del interés por el envejecimiento desde una perspectiva evolutiva. Interés, eso sí, que aparece sólo décadas más tarde en el caso del envejecimiento.

El modelo psicométrico, sin embargo, pese a su fecundidad empírica, pronto dejó de ser un referente en la descripción y explicación conceptual del desarrollo. Los tests de inteligencia proporcionan datos interesantes, pero dicen poco acerca de las causas y mecanismos implicados en los cambios evolutivos. Por eso pronto dejaron de ser un instrumento de verificación y/o generación de teorías para centrar su utilidad en servir de instrumento tecnológico fundamental de la práctica profesional, situación que aún hoy continúa.

Pese a estas deficiencias conceptuales del modelo psicométrico, su aplicación en la psicología del envejecimiento ha continuado siendo muy numerosa e importante aún cuando ya era un modelo prácticamente descartado para la explicación del cambio en la infancia. El compromiso con el seguimiento de unos estudios longitudinales que comenzaron cuando el modelo psicométrico era un modelo extendido, pero que continúan administrando los mismos instrumentos cuando este modelo ha sido progresivamente abandonado desde el punto de vista teórico, es quizá la razón que en mayor medida explica esta presencia de estudios psicométricos en la actualidad. Así, el *Seattle Longitudinal Study*, quizá el estudio del envejecimiento más ambicioso y fructífero, comienza en 1956 de la mano de K.W. Schaie y continúa en la actualidad, administrando a las mismas y otras muestras unos instrumentos que continúan, como en la primera medida, siendo psicométricos (en concreto, el test PMA).

Respecto a las aportaciones de este modelo para la psicología del desarrollo adulto y el envejecimiento, las tendencias evolutivas que suele identificar son generalmente de declive. El rendimiento en tests intelectivos de diversa naturaleza acostumbra a incrementarse hasta el final de la adolescencia, para luego disminuir, de forma más o menos brusca, a partir de ese momento. De esta manera, el modelo ilustra una visión del ciclo vital en forma de U invertida.

En el haber de estos modelos psicométricos también podemos anotar al menos dos aspectos más. En primer lugar, muestran y sirven de instrumento para demostrar la importancia que los aspectos metodológicos (y en concreto, la alternativa entre los diseños longitudinales y transversales, con sus respectivos sesgos y limitaciones asociadas) presentan en el estudio evolutivo más allá de la adolescencia, dado que los declives suelen ser menores cuando los estudios se realizan de forma longitudinal. En segundo lugar, muestran también que, aunque el declive es la impresión general, este declive no es siempre igual en todas las dimensiones de rendimiento. Esta apertura a las diferencias interindividuales, entre las que destacan las existentes entre la inteligencia fluida y cristalizada, y los factores que pueden provocarlas será el impulsor de ciertas teorías del ciclo vital que, como veremos en los próximos capítulos, primero utilizan y luego superaran estos enfoques puramente psicométricos.

Más allá de este modelo psicométrico, el modelo del procesamiento de la información es otro de los que se ha utilizado en la explicación del desarrollo en la infancia y traspuesto, de manera más o menos directa, al estudio del envejecimiento.

Este modelo, que aparece en la psicología del desarrollo ya prácticamente en los años 70 como heredero de la revolución cognitiva que había comenzado algunos años antes, concibe al ser humano como un sistema cognitivo capaz de generar representaciones a partir de información del medio y de operar y transformar internamente esas representaciones a partir de la aplicación de una serie de operaciones básicas. Desde este modelo, el desarrollo se entiende como una progresiva sofisticación del sistema por lo que respecta a ciertas características estructurales y/o funcionales, lo que redundaría en un procesamiento de la información más eficiente. Entre las características estructurales más estudiadas se encuentra, por ejemplo, la velocidad de procesamiento (ver, por ejemplo, Kail, 1995) y entre las funcionales podemos mencionar, por ejemplo, el cambio en el uso de estrategias de procesamiento (ver, por ejemplo, Siegler y Shipley, 1995).

Actualmente este es quizá el modelo que tiene un mayor peso (al menos en función de las investigaciones y publicaciones que genera) en la psicología del envejecimiento desde una óptica evolutiva. Al igual que el modelo se emplea para describir y explicar progresos en la infancia, cuando se traspone al estudio del envejecimiento, se trata de explicar porqué los mayores presentan un rendimiento cognitivo menor que los jóvenes. Estas diferencias aparecen cuando se estudian procesos y estructuras cognitivas como la recuperación de información, la codificación profunda de información, la memoria explícita o el uso de estrategias mnemónicas. La presencia de estas diferencias a favor de los jóvenes es tan general y dominante que autores como Perfect y Maylor (2000) la denominan la 'hipótesis aburrida' (*the dull hypothesis*).

En la explicación e integración de todas estas diferencias, obtenidas en paradigmas experimentales muy variados, se ha intentado identificar uno o unos pocos factores que cambien con la edad y que puedan ser responsables de esas diferencias. Entre las propuestas con las que contamos actualmente destacan tres: los recursos de procesamiento, la velocidad de procesamiento y la inhibición (McDowd y Shaw, 2000; Zacks, Hacer y Li, 2000).

El primer factor propuesto ha sido la presencia de una reducción de recursos atencionales o de procesamiento asociada a la edad (Craik y Byrd, 1982; Rabinowitz y Ackerman, 1982; Perlmutter y Mitchell, 1982). Estos recursos, entendidos como capacidad de procesamiento, estarían a nuestra disposición en una cantidad limitada, y esta cantidad disminuiría a medida que envejecemos, reducción que sería la responsable de los déficits cognitivos presentes en los mayores, especialmente en las tareas más difíciles y menos automatizadas, tareas que por definición consumen más recursos. Así, al igual que es evidente el declive de la energía física con la edad, también la psicológica decae.

Otro factor mencionado para dar cuenta de los déficits es el declive de la velocidad de procesamiento. Autores como Salthouse, por ejemplo, mencionan que con la edad se produce un enlentecimiento generalizado de los procesos cognitivos que afectaría a la calidad del procesamiento que el sujeto es capaz de realizar, ya que reduce, entre otras cosas, la cantidad de información que podría estar disponible al mismo tiempo (Salthouse, 1994, 1996). Desde este punto de vista, también es coherente que los déficits asociados a la edad se muestren especialmente en aquellas tareas más complejas, es decir, en aquellas que requieren mayor tiempo de procesamiento.

Por último, el control inhibitorio es otro de los factores a los que se ha atribuido el declive en el rendimiento cognitivo asociado a la edad (Hasher y Zacks, 1988; McDowd, Oseas-Kreger y Filion, 1995; . Este mecanismo es el responsable de al menos tres aspectos clave para nuestro funcionamiento cognitivo: impedir el paso a nuestra memoria de trabajo de información no relevante para la tarea en curso, suprimir la activación de información que ha dejado de ser relevante y evitar que información y respuestas prepotentes, aunque inadecuadas para determinada tarea, se impongan a otras en principio más débiles pero más relevantes en determinadas situaciones. Un control inhibitorio ineficiente daría lugar a cada vez más interferencias en las diferentes operaciones de procesamiento de la información, disminuyendo la calidad de este procesamiento.

Con independencia del factor explicativo que se tenga en cuenta, desde el modelo de procesamiento de la información, y al igual que hemos comentado para el modelo psicométrico, también se evidencia un cierto alivio a esta visión del envejecimiento como declive a partir de las diferencias interindividuales. En este sentido, parece ser que estos declives son menores en aquellas áreas de conocimiento y competencias en las que el sujeto tiene una gran experiencia acumulada y ha logrado un rendimiento de alto nivel, es decir, en aquellos dominios en los que es experto (Charness y Bosman, 1990; Krampe y Ericsson, 1996; Horn y Masunaga, 2000). Igual que sucedía con el modelo psicométrico, estos datos serán esgrimidos por ciertas teorías del ciclo vital para defender sus posiciones.

Esta relevancia de los dominios de conocimiento entronca directamente con la gran importancia que la noción de especificidad de dominio en la Psicología Evolutiva actual, aspecto este que hemos tratado en el capítulo 8 (ver, por ejemplo, Hirschfeld y Gelman, 1995). En el ámbito del desarrollo en la infancia y adolescencia, sin embargo, además de la explicación de las diferencias interindividuales en función de la experiencia y la adquisición de una competencia experta (ver, por ejemplo, Ericsson y Charness, 1994 o Ericsson y Lehmann, 1996 para una revisión de explicaciones evolutivas basadas en la noción de convertirse en experto aplicadas a la infancia, adultez y vejez), encontramos otras explicaciones que generan también mucha (o incluso más) atención, como son las propuestas modularistas extremas (Fodor, Leslie), las propuestas de existencia de restricciones evolutivas o conocimientos fundamentales (Spelke, R.Gelman) o las propuestas de la teoría de la teoría (ver, por ejemplo Gopnik o Wellman). Todas ellas se fundamentan en alguna versión más o menos laxa de innatismo que hoy por hoy todavía tiene poca presencia en la Psicología Evolutiva más allá de la adolescencia.

Por otra parte, los modelos de procesamiento de la información 'puros' (no centradas únicamente en el uso de un lenguaje computacional, que obviamente es uno de los legados de esta perspectiva) están experimentando una cierta pérdida de popularidad en la Psicología del Desarrollo en la infancia, en parte debido a la aparición de propuestas como las comentadas en el párrafo anterior, en parte debido a que han evolucionado hacia nuevos modelos como el conexionismo, que sustituye las representaciones simbólicas por una representación subsimbólica y la metáfora del ordenador por la metáfora de la red neuronal conservando un lenguaje computacional. En cambio, como hemos visto (y como veremos más en detalle en el capítulo siguiente), estos modelos de procesamiento de la información siguen estando en pleno auge en la Psicología Evolutiva del envejecimiento, donde hasta el momento el conexionismo tiene escasa presencia.

Un tercer modelo, además del psicométrico y del modelo de procesamiento de la información, que está presente en el panorama teórico de la psicología evolutiva del envejecimiento es la aproximación que podríamos denominar psicobiología evolutiva (Moscovitch y Winocur, 1992; Raz, 2000; Albert y Killiany, 2001). En este caso, a diferencia de los anteriores, la trasposición del modelo desde la psicología del desarrollo en la infancia no es tan clara, ya que, como hemos comentado en secciones anteriores, la psicobiología, y en concreto su aplicación a la patología asociada al envejecimiento (especialmente las demencias) es un campo con una gran tradición (ver, por ejemplo, Nebes, 1992 para una revisión). En este caso, sin embargo, la psicobiología evolutiva pretende fundamentar en aspectos neurobiológicos y neurofisiológicos los déficits, especialmente los cognitivos, que parecen estar asociados a la edad, tanto en el envejecimiento normativo como patológico.

Como hemos visto, este modelo psicobiológico está, desde hace al menos una década, teniendo cada vez más presencia en la Psicología Evolutiva centrada en la infancia y adolescencia. Autores como Bjorklund (1997) proponen incluso la psicobiología evolutiva como el enfoque de futuro que, podría, según él, llenar el hueco dejado por la teoría de Piaget como un conjunto común de asunciones o principios sobre el desarrollo cognitivo que después se podrían concretar en diferentes enfoques. De acuerdo con este autor, dos son las líneas principales en

las que se está desarrollando esta corriente psicobiológica en la actualidad. Por una parte, la búsqueda de causas biológicas inmediatas, es decir, la determinación de cómo el cerebro afecta al comportamiento y sus cambios o qué soporte biológico tienen determinados cambios evolutivos (por ejemplo, en Johnson, 1998 podemos encontrar una buena revisión de esta área de investigación), por otra la búsqueda de los factores biológicos distales que han influenciado la evolución del comportamiento humano, modelándolo de tal manera que del desarrollo ha llegado a ser como lo conocemos hoy. En este caso, podríamos hablar de una psicobiología evolucionista (Buss, 1995; Caporael, 2001).

En el caso del envejecimiento vemos como, una vez más, la aplicación de estos modelos de psicobiología evolutiva implican una concepción de las últimas décadas de la vida como un proceso de declive. Por ejemplo, el trabajo sobre un concepto como la inhibición es ámbito de estudio paradigmático en este sentido, ámbito que además ilustra la tendencia actual en Psicología Evolutiva a integrar dentro de modelos explicativos computacionales aspectos e indicadores neurobiológicos.

El concepto de inhibición ha sido aplicado al desarrollo cognitivo en la infancia desde el supuesto de que el desarrollo es un proceso que comprende no únicamente la activación y coordinación de unidades estructurales o funcionales cada vez más complejas (visión que es la dominante en la mayoría de grandes teorías evolutivas, con la de Piaget a la cabeza), sino que también ha de incluir la capacidad de inhibir estructuras o esquemas competidores que pueden activarse en determinadas tareas (Dempster, 1991; Harnishfeger y Bjorklund, 1993; Houdé, 1999, 2000). En este sentido, autores como Diamond (1991, 2000) vinculan el desarrollo de la competencia para inhibición a la maduración de cierta área del córtex prefrontal. Algunas pruebas que parecen refrendar esta relación proceden de investigaciones basadas en la experimentación con animales a los que se les había lesionado la región dorsolateral del córtex prefrontal (Diamond y Goldman-Rakic, 1989), datos de neuroimagen y de encefalograma de dicha zona en experimentos que requerían poner en marcha mecanismos de inhibición (Bell, 1992a; Bell, 1992b; Bell y Fox, 1992) o comparaciones entre niños de desarrollo normativo y niños con fenilcetonuria, patología que comporta una carencia neuroquímica en el córtex prefrontal que impide que esta zona cerebral funcione adecuadamente (ver Diamond, Prevor, Callender y Druin, 1997).

Este mismo concepto de inhibición ha sido aplicado a la explicación del envejecimiento cognitivo desde el modelo de procesamiento de la información. Al igual que sucede con su aplicación en la infancia, recientemente se está explorando también la posibilidad de encontrar referentes e indicadores neurofisiológicos y neuroanatómicos al supuesto déficit inhibitorio que experimentamos a medida que envejecimiento. Por ejemplo Dempster (1992) vincula el déficit inhibitorio en personas mayores a pérdidas neurológicas en el córtex prefrontal. Esta asociación del déficit inhibitorio a pérdidas en el córtex frontal parecen verse confirmadas por estudios más recientes que utilizan múltiples medidas experimentales tradicionalmente asociadas a la función frontal y que requieren control inhibitorio (Persad, Abeles, Zacks y Denburg, 2002), que analizan potenciales evocados frontales en tareas de inhibición (Chao y Knight,

1997) o que utilizan técnicas de neuroimagen recientemente desarrolladas, como las resonancias magnéticas funcionales, aplicadas al lóbulo frontal (Nielson, Langenecker y Garavan, 2002).

Como vemos, los tres modelos descritos (psicométrico, procesamiento de la información, psicobiológico) tienden a proporcionar una imagen de los cambios en la segunda mitad de la vida como un proceso opuesto al proceso de desarrollo que se observa en las etapas iniciales de la vida.

Sin embargo, existe una segunda forma en la que trasponer modelos de desarrollo ya existentes en la infancia para la descripción y explicación del envejecimiento: considerar los años más allá de la adolescencia como una continuación en la progresión de fases anteriores. En este caso, nos encontramos con modelos optimistas de desarrollo, ya que, aún considerándolo de la manera tradicional, como un crecimiento, no sitúan su final en la adolescencia o adultez temprana, sino que lo extienden a todo el ciclo vital.

Quizá el ejemplo paradigmático en este sentido es la extensión del modelo piagetiano en la adultez que proponen los defensores del denominado pensamiento postformal. Esta línea de investigación, que tuvo su auge en los años 80, pretendía caracterizar el pensamiento adulto como un estadio cualitativamente diferente al pensamiento formal, que para Piaget era la culminación del desarrollo cognitivo. Las características de este pensamiento postformal (de esta 'quinta etapa' dentro del modelo de Piaget) serían aspectos como el relativismo (Sinnott, 1984, 1995), la búsqueda de problemas (Arlin, 1975, 1984), el pensamiento dialéctico (Kramer, 1983; Kramer y Woodruff, 1986), el pensamiento metasistémico (Richards y Commons, 1984) o la integración entre aspectos cognitivos y emocionales (Labouvie-Vief, 1992; Blanchard-Fields, 1989).

Esta línea de investigación, sin embargo, pronto fue criticada en su pretensión de convertirse en una 'quinta etapa' de desarrollo cognitivo, al no ajustarse a los requisitos formales que cumple el modelo de desarrollo piagetiano. De esta manera, se ha reformulado como una especie de 'estilos de pensamiento típicamente adultos' más que como etapa *à la* Piaget (Rybash, Hoyer y Roodin, 1986). Actualmente esta idea de 'pensamiento postformal' está recogida en parte en un concepto más en boga, como es la sabiduría.

Intentos como estos, que pretenden extender a la adultez y vejez un modelo de desarrollo en forma únicamente de progreso, en el que la pérdida no tenga ningún papel, es sin duda problemática. Si bien pueden entenderse como modelos de 'desarrollo adulto', su aportación es tanto menor cuanto más avanzamos en el ciclo vital y nos adentramos en las últimas décadas de la vida: disponer de modelos que únicamente conciben cambios unidireccionales que implican sólo progreso puede entonces resultar quizá demasiado optimista.

Modelos de integración

Como adelantamos anteriormente, una segunda manera para obtener una visión evolutiva del envejecimiento no es tanto aplicar modelos ya utilizados para el

desarrollo de la infancia, sino reconceptualizar la noción de desarrollo para que pueda aplicarse a todo el ciclo vital y que de ella se obtengan propuestas evolutivas susceptibles de ser aplicadas en cualquier fase de la vida. De esta manera, los podemos denominar 'modelos del ciclo vital', en la medida que, aunque el envejecimiento pueda ser su ámbito de investigación prioritario, la intención proponer principios evolutivos que vayan más allá de este proceso.

Este carácter integrador no implican que estos modelos nazcan aislados de las teorías evolutivas en boga en cierto momento. De hecho, como veremos, estos modelos se encuentran emparentados con los modelos contextuales y socioculturales que existen en Psicología Evolutiva. A diferencia de los modelos de trasposición, sin embargo, en este caso no se trata de aplicar directamente un modelo a otra etapa de la vida, sino que el parecido se logra a partir de un trabajo y desarrollo en gran medida independiente.

Para poder integrar el envejecimiento dentro de un marco común a todo el desarrollo que no lo condene a ser únicamente declive, estos modelos han de romper con una visión simplista del desarrollo que lo convierta en un proceso paralelo al crecimiento biológico.

Esta ruptura, como veremos con mayor detalle en el capítulo 12, se lleva a cabo a partir del énfasis en dos principios que los modelos de desarrollo mecanicistas y organicistas que hemos descrito en la sección anterior olvidan: la importancia de la cultura como configuradora del desarrollo y la capacidad de la propia persona como determinante de su propia trayectoria evolutiva.

Es decir, si queremos elaborar una teoría que pueda aplicarse a todo el ciclo vital, en esta teoría tendrán que tener un peso importante los **factores sociocontextuales y culturales**, factores que serán tanto más importantes cuanto avancemos a lo largo del ciclo vital.

Hemos de tener en cuenta, sin embargo, que la cultura, lo externo, lo supraindividual como configurador del desarrollo, aún dentro de estos modelos de integración, puede ser conceptualizado de al menos dos formas diferentes. Por una parte, este entorno se puede entender como un conjunto de factores o variables susceptibles de ser separadas, medibles, con lo que su impacto en el desarrollo puede ser 'objetivable' y encaja dentro del modelo de causas y efectos de la ciencia positivista. Es una visión de la cultura como contexto compuesto por variables independientes. Desde otro punto de vista, la cultura se puede entender como un conjunto de significados, de instrumentos y de prácticas que dan sentido a la experiencia cotidiana de las personas. En este caso, la cultura no es algo externo y separable del individuo, sino que forma parte él y es, de hecho, lo que de la sentido como actor cultural. Si bien, como veremos, podemos encontrar modelos evolutivos que integren todo el ciclo vital desde ambos puntos de vista, el primero de ello parece más cercano a enfoques como el ecológico de Bronfrenbrenner (ver, por ejemplo, Bronfrenbrenner, 1979; Bronfrenbrenner y Morris, 1998), mientras el segundo entronca con las tendencias de psicología cultural heredadas de Vigotsky y la escuela sociocultural rusa (Bruner, 1990; Cole, 1996; Valsiner, 1997; Hatano, 1999; Wertsch, 1999).

Además de la importancia de la cultura, los modelos de integración suelen dar protagonismo a otro factor frecuentemente olvidado en las teorías evolutivas: el papel del **individuo como configurador de su propio desarrollo**. Una vez

superada la infancia (y aún durante buena parte de ella) resulta limitador concebir el desarrollo como un proceso impulsado únicamente por fuerzas internas o por factores externos sin tener en cuenta la propia capacidad de la persona para establecerse a sí mismo metas de desarrollo y para poner en marcha los cursos de acción necesarios para alcanzarlas. De esta manera, el desarrollo más allá de la infancia es, aún teniendo en cuenta limitaciones biológicas y culturales, un desarrollo en buena medida autoimpulsado intencionalmente. Ignorar esta característica del desarrollo adulto y el envejecimiento supone dejar de lado un aspecto importante que va a configurar las trayectorias evolutivas personales.

Este énfasis en el poder del individuo, unido a la importancia de la cultura y los factores sociocontextuales ya mencionados, por definición no universales, potencia una visión del desarrollo adulto y el envejecimiento diversa y multifacética. Es decir, no existe una trayectoria prefijada, cada uno de nosotros dispone de un cierto rango de maniobra, de un potencial de flexibilidad que se va a ir concretando en ciertas elecciones y compromisos que darán lugar a una trayectoria evolutiva, trayectoria que hasta cierto punto puede estar siempre abierta a modificaciones. En cualquier momento de la vida podemos cambiar, y nuestra composición biológica, nuestra cultura o nuestras elecciones pasadas sólo hacen más fácil o probable este cambio, pero no determinan de manera estricta nuestra evolución futura.

Para los modelos que pretenden ofrecer una visión integrada del ciclo vital estas nociones de adaptación y de plasticidad son fundamentales, e implican que las personas, en cualquier punto de su vida, pueden afrontar y modificar ciertos procesos evolutivos, lo que, por otra parte, es el fundamento de cualquier intervención que pretenda optimizar el desarrollo más allá de la infancia. Esta plasticidad evolutiva añade todavía más pluralismo y flexibilidad a la idea de desarrollo: toda trayectoria evolutiva es una concreción entre las muchas que podrían ser posibles.

En cuanto a la metodología, los modelos de integración presentan una mayor variedad que los de trasposición. Se potencian los estudios que puedan captar el cambio y la continuidad a lo largo, si es posible de todo el desarrollo adulto y el envejecimiento. En este sentido, son más abundantes los diseños longitudinales y aquellos estudios que, aún siendo transversales, estudian numerosas cohortes. También desde este enfoque, más sensible a la cultura y a la experiencia subjetiva, se aceptan de mejor grado ciertas orientaciones metodológicas cualitativas e interpretativas que prácticamente no tienen cabida en los modelos de trasposición.

Aunque como veremos en el capítulo 12 este tipo de modelos integradores tienen su precedente y uno de sus principales referentes en las propuestas de Erikson, quizá la propuesta que mejor representa el intento por aportar una visión integrada del ciclo vital es la psicología lifespan de Baltes. Como hemos mencionado en secciones anteriores, Baltes y su equipo afrontan la tarea de reconceptualizar el desarrollo para que pueda ser un concepto aplicable a todo el ciclo vital. De esta manera, lo definen como un proceso multidireccional, que implica tanto pérdidas como ganancias y sometido a la influencia de múltiples factores biológicos y sociales, factores que clasifican en tres grandes conjuntos:

normativos relacionados con la edad, normativos relacionados con la historia y no normativos (Baltes, 1983, 1987).

Más allá de esta reconceptualización de la noción de desarrollo, la psicología lifespan ha propuesto un modelo de desarrollo que pretende describir y explicar las dinámicas de desarrollo de las personas de manera coherente con las características atribuidas al concepto de desarrollo y que hemos comentado anteriormente.

Este modelo, denominado Modelo de Optimización Selectiva con Compensación está vinculado con el concepto de envejecimiento satisfactorio (*successful aging*). En concreto, es a partir de la consideración de qué es envejecer con éxito (Baltes y Baltes, 1990) cuando Baltes y sus colegas comienzan a hablar de la compensación, de la optimización y de la selección como procesos esenciales en el devenir del desarrollo humano y cuando hacen un intento por definir estos procesos e interrelacionarlos en un modelo de desarrollo aplicable a todos los momentos del ciclo vital, un modelo que recoge la idea básica del desarrollo como un proceso de adaptación selectiva (Baltes, 1997).

Este modelo de Optimización Selectiva con Compensación ha sido aplicado por Baltes inicial y principalmente a la descripción y explicación del desarrollo cognitivo en la adultez y vejez (ver, por ejemplo, Baltes, 1993; Baltes, Staudinger y Lindenberger, 1999), , otros colaboradores de su propio grupo e incluso otros grupos de investigación se han encargado de aplicar el modelo a dominios o momentos evolutivos diferentes, como por ejemplo el flujo de actividades cotidianas y la satisfacción que comportan (Freund y Baltes, 1998), el desarrollo socioemocional en la adultez y vejez (Carstensen, 1992; Carstensen e Isaacowitz, 1999), el establecimiento de relaciones de pareja y consecución de metas laborales en la adultez temprana (Wiese, Freund y Baltes, 2000) o el desarrollo de la identidad en la adolescencia (Lerner, Freund, De Stefanis y Habermas, 2001).

Aunque las propuestas de la psicología lifespan de Baltes son las más conocidas y que más investigación han generado dentro de los enfoques del ciclo vital, no agotan este tipo de enfoques que pretenden elaborar una teoría del desarrollo que integre todas las etapas de la vida.

Por ejemplo, la teoría de la acción de Brandtstädter es un también un meritorio esfuerzo en este sentido. Brandtstädter y sus colaboradores resaltan el papel del individuo en su propio desarrollo y como las personas somos capaces de establecer metas personal y culturalmente significativas y, a partir de procesos de autorregulación, poner en marcha y ajustar secuencias de comportamientos para conseguirlas (Brandtstädter, 1997, 1998).

Si la propuesta de Baltes tiene su origen y su campo de aplicación principal en el desarrollo cognitivo, la de Brandtstädter es fundamentalmente una teoría del desarrollo del self, entendido dentro de su modelo no como una estructura de conocimientos (un autoconcepto), sino como un proceso ejecutivo capaz de orquestar estratégicamente los recursos de los que disponemos para configurar ciertas trayectorias vitales deseadas (Brandtstädter, 1999). A partir de estos supuestos, Brandtstädter diferencia entre estrategias destinadas a acercar nuestro estado actual a nuestras metas y estrategias destinadas a priorizar y reestructuras nuestras metas y expectativas para acercarlas a nuestro estado

actual (Brandtstädter y Rothermund, 2002). El balance entre ambos tipos de estrategia cambiaría a lo largo del desarrollo y determina nuestro proceso de adaptación a los cambios que se suceden a lo largo de la vida.

Una tercera teoría del ciclo vital que podemos destacar es la propuesta por Heckhausen (Heckhausen, 1999). Esta autora destaca el control y la motivación para mantener y aumentar el control sobre los contextos y acontecimientos que configuran nuestra vida como el elemento principal en la regulación de nuestra trayectoria evolutiva. En este sentido, diferencian entre un control primario, que se refiere a los comportamientos mediante los que dominamos y podemos cambiar los entornos en los que vivimos en función de nuestras metas, y un control secundario, dirigido a la modificación de procesos internos (por ejemplo, nuestras metas) para focalizar, compensar y optimizar los esfuerzos relacionados con el control primario (Heckhausen y Schultz, 1995, 1998). La dinámica entre ambos tipos de control configura nuestra trayectoria evolutiva y explica las claves del proceso de envejecimiento con éxito.

Una cuarta propuesta claramente enclavada dentro de estos modelos de ciclo vital es la teoría del curso de la vida de Elder (1998). Esta propuesta adopta un punto de vista más macro y sociológico que las anteriores, enfatizando especialmente el papel de los cambios históricos y los vínculos entre las trayectorias evolutivas entre y dentro de cada generación como factores fundamentales para entender el desarrollo desde el nacimiento hasta la muerte.

Además de estas cuatro propuestas, existe también otro grupo de modelos y teorías que también pueden calificarse del ciclo vital, dado que supone la aplicación de unos mismos principios epistemológicos y teóricos a diferentes puntos de nuestra trayectoria evolutiva, sin diferenciar infancia y envejecimiento. Nos estamos refiriendo a propuestas que están relacionadas con lo que podríamos denominar 'psicología evolutiva postmoderna'. Este tipo de aproximación al cambio evolutiva implica una crítica a una visión de la ciencia evolutiva (y de la ciencia en general) como una actividad que descubre 'verdades' y 'hechos' externos al investigador y que permanecían ocultos. Desde este punto de vista, las personas construyen y re-construyen colectivamente sus trayectorias evolutivas de acuerdo con prácticas situadas culturalmente, y toda versión teórica que se proporcione sobre este proceso es, a su vez, también una construcción que enfatiza ciertas voces y oculta otras. Aspectos como el subjetivismo, los significados y la negociación de estos significados dentro de entornos culturales adquieren una importancia fundamental desde este punto de vista.

Una de las perspectivas de este tipo que destaca por lo fructífero de sus resultados tanto por lo que respecta al desarrollo en la infancia como en la adultez, es la que gira entono al concepto de narratividad.

En la psicología de la infancia, Bruner es, entre otros, el responsable del interés por la narratividad y la capacidad narrativa como aspecto clave dentro de una psicología evolutiva cultural. Bruner (1990a; 1990b, 1997) piensa que el espacio propio de una psicología de esta naturaleza es lo que el denomina psicología popular: la forma que la gente organiza su experiencia, conocimiento y transacciones relativas al mundo social. Desde su punto de vista, esta psicología popular tiene un carácter no tanto conceptual o lógico, sino esencialmente

narrativo, se constituye a partir de unas narraciones que vehiculan unas expectativas 'normativas' (o normativizadas en el seno de una cultura) y son capaces de relacionar con ellas los acontecimientos cotidianos y dar sentido de esta manera a la experiencia cotidiana. A partir de estas ideas, otros autores, como Nelson (2000, 2001) han estudiado como el niño crece inmerso en las narraciones de los adultos, poco a poco es capaz de utilizarlas y, a partir de ese uso, de construir una idea del mundo que le rodea y de sí mismo.

Este modelo de persona como un contador (y también oyente) de narraciones no está restringido a ninguna etapa concreta del ciclo vital y puede aplicarse a todas ellas prácticamente sin ningún cambio. De hecho, y por lo que respecta al envejecimiento, especialmente indicada para dar sentido a la experiencia de la persona mayor. Tradicionalmente, una de las tareas a realizar en la vejez (ya el propio Erikson lo indica así) es repasar la propia vida y darle sentido como un todo integrado. Las narraciones de las personas mayores, de esta manera, dan continuidad a la experiencia vital, ofrecen un sentido al presente como consecuencia del pasado y proporcionan una perspectiva de futuro, quizá recortada respecto a momentos evolutivos anteriores, pero existente en cualquier caso. El trabajo con autobiografías en la psicología del envejecimiento, que ya tenía una importante tradición a partir de conceptos como los de 'revisión vital' propuesto por Butler (1963) o el de 'reminiscencia' (ver por ejemplo, las revisiones que encontramos en volúmenes como los de Haight y Webster, 1995, Hendricks, 1995 o Birren, Keynon, Ruth, Schroots y Svenson, 1996), con la ayuda de instrumentos conceptuales como la narratividad, también parece tener un prometedor futuro desde un punto de vista evolutivo (Bruner, 1999; Keynon, Ruth y Mader, 1999; Nouri y Helterline, 2000).

La Psicología Evolutiva ante el reto del envejecimiento

En las anteriores secciones se ha defendido el tratamiento evolutivo de los cambios psicológicos que tienen lugar más allá de la adolescencia, pese a que históricamente, como se ha argumentado, este interés nació de forma relativamente tardía y se ha mantenido en numerosas ocasiones en un terreno acotado, separado del resto de estudios evolutivos.

La perspectiva evolutiva no sólo es importante debido a que el tiempo y el cambio en el tiempo son componentes definitorios del proceso de envejecimiento. Evidentemente, los cambios más allá de la adolescencia son fenómenos tan evolutivos como lo puede ser el crecimiento en la infancia, y obtendríamos una visión incompleta del ser humano si restringiésemos el estudio evolutivo a sólo uno de los fenómenos y no a los otros. En nuestra opinión, sin embargo, la relevancia evolutiva del desarrollo más allá de la adolescencia y, más especialmente, del envejecimiento, va más allá incluso de la mejora en la comprensión de la segunda mitad de la vida que pueda aportar. El envejecimiento coloca a la persona en unas condiciones extremas, tanto desde el punto de vista biológico como cultural. Biológicamente, la persona se encuentra

con un organismo cada vez menos funcional y que resulta una barrera para realizar muchas de las actividades que antes se llevaban a cabo. Desde un punto de vista cultural las condiciones también son extremas: la necesidad de apoyos culturales, no sólo en forma de instrumentos tecnológicos, sino también en forma de significados paliativos, de apoyos sociales, de recursos económicos, etc. es cada vez mayor. En una situación como esta, la capacidad o la falta de capacidad de la persona para adaptarse a las nuevas circunstancias y para, a pesar de todo, superar ciertos impedimentos, nos dice mucho acerca de los límites evolutivos de la persona y enriquece los matices de este concepto en sentidos que no se ponen en juego en otras fases del ciclo vital. Al igual que examinar el origen y formación de las capacidades psicológicas ha sido una estrategia fructífera para entender su estructura y funcionamiento adulto (el método genético, que une tanto a Piaget como a Vigotski), observar como evolucionan en las condiciones menos favorables del envejecimiento nos puede ofrecer también valiosas claves sobre esta estructura y funcionamiento.

Hemos comentado también diferentes maneras de estudiar de forma evolutiva el envejecimiento y las implicaciones epistemológicas y relaciones con el mantenimiento de cierto concepto de desarrollo presenta cada una de estas maneras. Ambas formas de abordar el envejecimiento (como trasposición de modelos de desarrollo en la infancia o construyendo nuevas teorías para todo el ciclo vital) son válidas, de ambas se han extraído importantes resultados y ambas parecen tener una excelente salud y buenas perspectivas de futuro.

Quizá lo que diferencia a unas y a otras es, como hemos visto, una actitud inicial: mientras en los modelos de trasposición (especialmente aquellos de naturaleza mecanicista) en principio parecen ciertamente pesimistas, siendo la norma el declive, en los modelos de integración existe mucho más campo para el optimismo.

Un optimismo fundamentado, como hemos visto, en el papel de los factores sociales y culturales como instrumento para evitar o compensar ciertos declives biológicos y, sobre todo, un optimismo fundamentado en el poder del individuo para controlar y aportar significado a su propia vida. En este sentido, mientras los modelos de trasposición ofrecen una imagen determinista del envejecimiento, los modelos de integración son mucho más abiertos, las trayectorias evolutivas dependen en parte de las elecciones de la persona entre un abanico de posibilidades. Un abanico que no es totalmente libre, sino restringido por aspectos biológicos y culturales, pero que de cualquier manera deja entrada a la incerteza y la diferencia. Esta mayor apertura al optimismo y a la diversidad convierte a estos modelos en más susceptibles a la intervención y optimización en el desarrollo más allá de la adolescencia a la vez que, dado que no son modelos deterministas, puedan caber en ellos, junto con ganancias o con estabilidades, también las pérdidas anunciadas desde los modelos de trasposición.

Esta posibilidad de reinterpretar en términos de modelos de integración los resultados procedentes de ámbitos en los que los modelos de trasposición son los dominantes abre interesantes perspectivas. Un ámbito paradigmático en este sentido es la cognición: de ser entendida únicamente como declive podemos también abrir vías de estudio para una cognición más fundamentada

culturalmente que biológicamente, más fundamentada en prácticas compartidas, en objetivos y valores personales que en recursos de procesamiento, en una línea similar a la que autores como Rogoff, Lave o Wertsch llevan tiempo trabajando.

Queremos finalizar el capítulo con una pequeña reflexión sobre el futuro que espera al estudio evolutivo del envejecimiento, pese al riesgo que esto puede conllevar.

En este sentido, y pese a las posibilidades de colaboración e integración de un tipo de modelos en otros que hemos apuntado, no creemos que el futuro de la Psicología Evolutiva del envejecimiento camine hacia la convergencia entre teorías o modelos. Como el lector ha podido intuir a partir de la breve descripción que hemos aportado en páginas anteriores, los presupuestos teóricos y epistemológicos de cada propuesta y modelo teórico son tan diferentes que resultan difícilmente reducibles unos a otros o susceptibles de ser integrados en un modelo más amplio, al menos a corto plazo. Esta situación, que es exactamente la misma que se produce en otros ámbitos de la Psicología Evolutiva, hemos de interpretarla como un resultado de la enorme complejidad del objeto de estudio y como una situación que aporta una riqueza en la comprensión del envejecimiento en particular y del desarrollo humano en general.

En este mismo sentido, hemos tenido la oportunidad de ver como la importación de líneas y propuestas teóricas desde la Psicología de la Infancia a la Psicología del Envejecimiento ha sido una tendencia sólida a lo largo del último siglo, aunque el retardo con el que produce esta importación a veces ha sido importante. Si esta tendencia continúa, podemos esperar en el futuro de la psicología del envejecimiento la presencia de conceptos y propuestas que hoy marcan la actualidad de la Psicología Evolutiva en la infancia. Quizá veamos como corrientes innatistas o conceptos como la especificidad de dominio o teorías como el conexionismo, prácticamente ausentes hoy del estudio del envejecimiento desde una perspectiva evolutiva, sean líneas de estudio relevantes en un futuro no muy lejano. Será interesante entonces comprobar hasta que punto han de modificarse para dar cuenta del envejecimiento.

Por último, anteriormente hemos mencionado como la colaboración interdisciplinar y la orientación aplicada son dos de los mayores valores de la psicología del envejecimiento. Son valores valor sin duda de los que la Psicología Evolutiva del envejecimiento debe seguir aprovechándose, debe mantener en el futuro y debe, porque no, intentar promover en el resto de la Psicología Evolutiva. Una colaboración interdisciplinar, sin embargo, que no se limite a las ciencias y ámbitos que tradicionalmente han contribuido las han conformado, como son las ciencias médicas y biológicas o las ciencias computacionales, sino que incluya además a otras ciencias humanas y culturales (antropología, lingüística, etc.) que tienen también mucho que aportar a la comprensión psicológica del envejecimiento. Por otra parte, y como hemos comentado anteriormente, esta orientación sociocultural de la psicología del envejecimiento puede proporcionar nuevas energías y recursos para promover la optimización del desarrollo en las últimas décadas de la vida.